

SUMARIO.

Carolina, (conclusion), por Ruperto Marchant Pereira.— La mujer, poesía, por Rosario Orrego de Uribe.— En la tumba de una amiga, poesía, por J. M. T. A.— Dorila, poesía, por Daniel Caldera.— La agonía de una madre.— A la poetisa Dolores L. de Guevara, poesía, por Augusto Ramirez S.— ¡Ah!, poesía, por Daniel Caldera.— Charada, por Crosat.— A María Luisa, por D. A.— Folletín: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita original, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuación).— Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

CAROLINA.

(Conclusion.)

Yo temblaba en mi escondite; hubiera querido salir para ir a caer de rodillas delante de aquella niña que ya comenzaba a fascinarme. ¡Oh! qué feliz hubiera sido en poder secar, con mis manos, las gotas de rocío que brillaban en los botincitos de Carolina! ¡Qué feliz hubiera sido si esos ojos que, con tanta dulzura miraban a la anciana i a esas flores que yo envidiaba, se hubiesen fijado en mis ojos con la misma apasionada mirada, con la misma dulce sonrisa!

—Pero, en cambio, continuó Carolina acariciando a la buena anciana, mira como están rojas mis mejillas.

—Tanto peor, hija mia, eso significa que la humedad i la agitacion pueden ocasionarte una fiebre....

—¡Qué fiebre, abuelita! todo lo contrario, el aire puro de la mañana i el perfume de las flores no pueden ménos de dar mas vida. ¿No oyes como cantan las avecillas? I esas aguas tan cristalinas que corren en el arroyuelo.... Ven, abuelita, mira que espejo tan puro ¡já, já, já! i como te ves ahí dentro, con tus mechitas blancas que se encrespan en tu frente....

—¡Malvada! todo es porque te diga que esa linda imájen que se refleja en las aguas, esos cabellos castaños i esa boquita de coral son el retrato fiel....

—¿De quién, abuelita, de quién?

—De un ánjel, mi Carolina.

Un beso resonó en aquel lugar; un beso mas dulce que el trinar de las avecillas, mas blando que el suspiro de la brisa, mas perfumado que el aroma de las flores.

¡Pobre corazon mio, i cómo repiqueteaba dentro del pecho! El cedron en que me apoyaba por poco no se hizo trizas; mis manos crispadas arrancaban, a manojos, las ramas i las hojas; yo comenzaba a volverme loco; mi ce-

rebro jiraba como torno de hilandera i mis ojos fijos, fijos en aquella celeste aparicion casi se salian de sus órbitas.

—I ¿qué vas hacer con esas flores?

—Estas flores son....

Una lágrima brilló en los ojos de Carolina; yo sentí que los míos tambien se humedecian.

—Te comprendo, replicó con voz grave la anciana, te comprendo: eres una buena hija; vamos a la tumba de tu madre, vamos a rezar, Carolina.

La anciana se apoyó en el brazo del ánjel que acaba de robarme el corazon i, tristes i silenciosas, se internaron en el bosque.

VI.

Pasaron algunos dias. Carolina volvió muchas veces a las orillas del arroyo; yo la veia siempre i siempre, al ir a hablarla, una cadena de acero me sujetaba, dejándome clavado en el mismo sitio. ¡Es tanto el respeto que inspira una mujer adorada!

Buscando entre los árboles, habia encontrado una cruz: era allí donde Carolina depositaba sus flores; era allí donde ella, de rodillas, elevaba su alma hácia Dios. ¡Cuántas veces, enamorado i fuera de mí, cubrí de besos aquellas flores que habian tocado las manos de mi ánjel! ¡Cuántas veces, mis suspiros, interrumpiendo el silencio de aquel lugar, hicieron estremecerse a Carolina en sus momentos de oracion! Yo la veia, la hablaba con mi alma, pero siempre, un temor inexplicable, me detenia cuando ya estaba al punto de correr hácia ella.

Sin embargo, era preciso poner un término a aquella situacion, pues yo me sentia morir. Desde aquella feliz mañana en que la encontré por primera vez en el bosque, yo no dormia, ni tenia un momento de reposo; la imájen de Carolina, robándome los instantes, me robaba todos los pensamientos i hasta el menor latido del corazon.

—Ideé un medio que luego puse planta: durante varios dias, apenas brillaba la aurora, corria al arroyo, cortaba las flores mas lindas i, formando coronas i guirnaldas, las iba colocando en rededor de la cruz. Grande fué la sorpresa de Carolina, cuando vino con su ofrenda cotidiana, al encontrar ya engalanada la tumba que tanto parecia amar. Volvió, al siguiente dia, i al encontrar que las flores, en vez de marchitarse, se volvian mas fragantes i mas hermosas, comenzó a dudar i, azorada, miraba en torno como tratando de descubrir el misterio de aquellas flores. Por fin, al tercer dia, entre temerosa i resuelta, la ví ade-

Mostradle el vasto campo del estudio,
Premiad con noble aplauso su desvelo,
I amante, intelijente, os dará un cielo
Dando al hogar la dicha i el amor.

Valparaiso, 1873.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

EN LA TUMBA DE UNA AMIGA.

(IMPROVISACION.)

Doblegó su frente embelle-
ciendo el cielo con su última
sonrisa.

CHATEAUBRIAND.

Cual la brisa que vaga perfumada
Entre las bellas flores,
Al pasar murmurando enamorada
Misteriosos amores,
Así, Virginia, tus hermosas horas
Fugaz pasaron para no tornar,
Como en el mundo pasan las auroras,
Como todo en el mundo ha de pasar....
Te ví un momento: candorosa i pura
Tu hermosa frente levantarse ví,
Cual la rosa que ostenta su hermosura
Robando al cielo encantador matiz.
Loco entónces de amor i palpitante
Yo a tus plantas de hinojos me postré,
Pero ¡ai! en un instante
Yo solo me encontré!
Corrí a buscarte i al decir tu nombre,
Me respondió una voz:
—Aquí no alcanza ya el poder del hombre....
Virginia yace en el poder de Dios.

1863.

J. M. T. A.

DORILA.

Vivia yo alegre,
Pasando la vida
Sin llanto ni penas
Cuando ví a Dorila:

La encontré en un prado,
Por el cual corría;
Del color del cielo
Andaba vestida,
Del color del cielo
Los ojos tenía.
Miróme i sonriose
Con risa divina,
Abriendo en mi pecho
Hondísima herida,
Que en llanto ha cambiado
Mi antigua alegría.
Hoi paso llorando
Enteros los días,
Pues dura a mi amor
Se muestra Dorila.

DANIEL CALDERA.

LA AGONIA DE UNA MADRE.

Es de noche.
La campana del templo trasmite en sus tré-
mulas vibraciones al espacio la triste nueva
de un sér que deja el mundo.
¡Ah! ese toque de agonía tiene algo de mis-
terioso i de solemne que despierta en el alma
ménos piadosa un sentimiento indefinible i
tierno.
La conciencia del criminal se estremece al
ruido fúnebre de la campana, i sin embargo
quisiera oirla siempre, quisiera que esos la-
bios de bronce le hablaran eternamente en el
mismo lenguaje, porque en esos momentos su-
fre, i el sufrimiento es un bálsamo suave, dul-
císimo para los que jamas experimentan nin-
gun dolor ni vertieron ninguna lágrima.
En un modesto hogar del vecindario tiene
lugar un cuadro doloroso i conmovedor.
Ved esa mujer tendida en humilde lecho.
Tranquila está su fisonomía, serena su mi-
rada.

Su cabeza, circundada de blancas hebras,
descansa sobre la almohada, de donde no se
levantará ya mas para recibir las bendiciones
del cielo.

El brillo de sus ojos, ese brillo incierto que
parece expresar en el postrer instante de la
vida la majestad terrible de la muerte, se ex-
tingue por grados.

Sus labios exhalan entrecortadas frases.
Es la plegaria sublime del moribundo.

De pronto, un sollozo tristísimo i la voz in-
fantil de una niña que llora, interrumpe el si-
lencio de esa fúnebre escena.

¡Ai! es Amalia, la pobre Amalia, la desdi-

chada creatura, que postrada al pié de un crucifijo, implora al cielo la salvacion de su madre; es Amalia, sí, Amalia, que ya no verá mas el santo ídolo de su cariño, ni sentirá sus maternales caricias, ni sus dulces palabras, ni sus amorosas sonrisas; es Amalia, que ya no recibirá sobre su frente virjinal el beso de amor del sér que le dió la vida, del sér que amaba mas que a sí misma ¡porque era su madre, su querida, su idolatrada madre!

— ¡Dios piadoso, ten piedad de la huérfana! exclamaba la pobre niña. ¡Madre mia, tomad mi vida por la tuya! ¡Salvadla, Señor, salvadla!

La anciana moribunda, al escuchar esas frases, se reanima, hace un esfuerzo, se incorpora, tiende la vista en rededor de sí, la fija dulcemente en Amalia i exclama con tierna voz:

— ¿Eres tú, hija mia? ¡Ven, acércate al lecho de tu madre! ¿Por qué lloras?

Amalia se aproxima con tembloroso paso, pero procura disimular su íntima pena i reprimir su llanto; finjese aun tranquila i resiguada, pues teme acibarar las últimas horas de esa existencia espirante.

— ¡Ven, hija mia; siéntate aquí i escúchame un momento!

La niña se sienta i toma entre sus manos las manos frías de la anciana, que continuó con voz reposada:

— He vivido sesenta años. Si yo muero, quedas, hija mia, en el mundo, en este mundo donde la virtud es muchas veces escarnecida i el vicio premiado, donde las buenas acciones se olvidan i las malas se alaban o se encubren con los fascinantes oropes del fausto i de la riqueza. Apesar de esto, sé virtuosa, hija mia: prefiere el tosco sayal i no el pomposo boato del vicio.

Mis padres me enseñaron la senda del deber. Lo he seguido siempre, sin desviarme un solo instante. Feliz i tranquila se ha deslizado mi existencia. Jamas el remordimiento laceró mi conciencia; jamas el dolor desgarró mi corazon, porque he sido buena, porque he vuelto bien por mal; sé, pues, buena, hija de mis entrañas.

El orgullo es una de las pasiones mas innobles en la mujer; el orgullo degrada, no realza; envilece, no eleva. Desprecia, pues, el lujo, desprécialo, Amalia: que si el lujo obtiene un triunfo pasajero, ese triunfo es casi siempre precursor de la mas triste deshonra i de la mas afrentosa ignominia.

Yo he sido modesta toda mi vida, no he brillado en los grandes salones, pero he disfrutado los placeres incomparables de un hogar dichoso: sé, pues, modesta, Amalia mia. Niña aun, murieron mis padres. Apénas tenia veinte años. No me dejaron mas herencia que su nombre i sus virtudes. Esas virtudes las cultivé en mi corazon. Era buena, modesta i virtuosa. Destinóme el cielo un hombre que no

tenia tampoco mas fortuna que su honradez. Lo amé, me amó él i fuí su esposa. Ese hombre era tu padre, Amalia, tu padre que hace diez años me precedió en la nueva senda que hoy debo recorrer; tu padre, que desde los cielos te contempla, como yo al pié de la tumba te bendigo. Desprecia el lujo i las vanidades de este efímero mundo. No odies nunca, perdona siempre.

No ambiciones riquezas sino para distribuir las entre los pobres. No busques la felicidad en el bullicio del mundo, sino en el retiro del hogar; no la busques en los placeres fugaces de esta sociedad escéptica, sino en la práctica del bien i en el culto hermoso de la virtud.

I al pronunciar estas palabras, la anciana dejó caer su cabeza sobre la almohada, oprimiendo contra su seno la de Amalia.

Hubo un momento de silencio, momento de horrible angustia para la pobre anciana, que por un presentimiento misterioso veia aproximarse la hora fatal de la eterna separacion.

De improviso, un estremecimiento extraño se apodera del cuerpo de la anciana moribunda, su semblante palidece, su mirada brilla incierta, como los resplandores de una luz que se estingue, i sus labios se entreabren, exclamando con voz apagada:

Adios... hija mia... No te olvides de tu madre.

.....
¡Madre sublime, sube al cielo!

Tu hija, tu Amalia, queda huérfana en la tierra, huérfana i sola; pero la virtud se fortalece, se retempla, se acrisola en la lucha, i Amalia luchará i triunfará, i será lo que tú fuiste, porque lleva en su alma la tuya i en su corazon tu corazon.

A LA POETISA DOLORES L. DE GUEVARA.

Canta, canta, poetisa,
Que es tu canto seductor
El murmullo de la brisa,
De las musas la sonrisa,
El trino del ruiseñor.

¡Canta, que el alma suspira
Al blando i melífluo son
De las notas de tu lira,
Porque tu cantar inspira,
Porque llega al corazon!

¡Canta, que en tu suave acento
Pintada tu alma se ve!